



## ACTO TERCERO

---

El jardín del Pazo de Trava, antiguo y melancólico, sin flores, hecho de dibujos de mirto que trazan las armas de la casa y van borrándose por no haber sido recortados. A la izquierda, en segundo término, una fuente barroca, medio cubierta de enredaderas. En primer término, á la derecha, un banco de piedra del mismo estilo que la fuente, sombreado por un árbol copudo. Al fondo, en último término, una balaustrada de piedra que cae sobre el río y deja ver una lejanía de montañas. A la izquierda, la fachada del Pazo. Hora, la caída de la tarde. Al concluir el acto, anochece.

### ESCENA PRIMERA

MARTÍN DE TRAVA, sentado en el banco; después, SANTIAGO, por la izquierda

- MART. ¡Qué comida tan interminable! ¡Qué sobremesa! Por fin se ha ido esa gente.. Los bocados aquí se detenían y de aquí no pasaban, ahogándome... No; lo que me ahogaba, era el dogal que siempre llevo al cuello. (Viendo á Santiago.) ¡No le dejarán á uno solo!
- SANT. Señorito, vengo á molestar...
- MART. No... Ahora me acuerdo, tenía que preguntarte... ¿Ayer te impresionaste, no es cierto? ¿En el primer instante... cuando viste á la señora?



- SANT. Sí, á fe... Como es la misma cara de... Al improviso, no puede un hombre disimular... Perdone si no me supe vencer.
- MART. Lo que yo te decía, Santiago... Siempre asoman á flor de tierra los pies de la verdad, por mucho que la enterremos.
- SANT. No señor, eso no... ¡Cuando hay resolución de que no asomen, qué habian de asomar! (Pausa.) Yo venía á decirle... Acaban de llegar dos mozos con la noticia de que el Sangre Negra se escapó ayer, apenas perdieron de vista los ceviles esta casa, y la guardia anda otra vez en su persecución.
- MART. ¡Ya está en libertad el desgraciado!
- SANT. Y los guardias van contando que si logró largárseles, fué motivado á haber el señorito dispuesto que se le quitasen las ataduras y á haberle dado la yegua.
- MART. ¿Cuentan eso? ¿Y qué importa?
- SANT. Señor... yo no soy nadie... lo que el señorito mandare bien mandado está... pero, dispensándome, le aviso que es mejor que no haya conversaciones de la gente en lo tocante á cosas de la justicia... Bastantes hubo; ¡así se les seque la saliva en la boca! Y el señorito trató con tanto amor á ese Sangre Negra...
- MART. Te consta que no tengo por qué despreciarle...
- SANT. ¡Válgame Nuestra Señora! Será así... porque lo dice el señorito... y no he de desmentirle... Pero no conviene que lo sospechen; conviene que vivan engañados.
- MART. ¡Siempre el engaño! ¡Si supieses cómo me pesa!
- SANT. ¡Señorito! Aunque le pese, resista... Y asegure la cabeza, porque desde que entró ahí ese indino, parece que se le va... por las nubes... Los señores han de mirar, lo primero de todo, á la honra.
- MART. (Aparte.) Esa palabra *honra* me sonaba de

otra manera, en otro tiempo... Ahora no parece sino que es palabra de una lengua muerta, que expresó grandes sentimientos de hombres ya muertos también...

- SANT. No me corresponde aconsejar, pero el señorito nunca debió tornar aquí...
- MART. En eso es posible que tengas razón... Vine, porque sentía un anhelo de venir, como el que tiene calentura lo siente de beber... Hace seis años salí de esta casa, ya sabes en qué estado... No me fui, me arrancaste, me echaste... y desde esa misma fecha ansío volver..
- SANT. (Aparte.) ¿Estará en su juicio?

## ESCENA II

DICHOS, ANITA, que aparece por la derecha, como si viniese del Pazo. Santiago, al verla, se retira; Martín, que no la ha visto, permanece entregado á su cavilación

- ANITA (Acercándose á Martín por detrás del banco, y poniéndole la mano sobre los ojos.) ¿Quién soy yo?
- MART. (Separando suavemente las manos de Anita.) Te diría que eres Ana... pero á veces no estoy seguro de ello; me pareces otra.
- ANITA. ¿Otra te parezco? ¡Qué cosas dices! Explícame eso, Martín mío.
- MART. No hagas caso... No sé qué dije.
- ANITA. ¿No he de hacer caso, no he de atender á las palabras de mi esposo? Además, óyelo... tengo que ocuparme de tí. (Se sienta en el banco, al lado de Martín.) ¿Cómo he de avenirme á que estés siempre triste? Eso ha llegado á darme mucho qué pensar. Somos jóvenes, nos hemos unido hace poco, poseemos los elementos de la dicha, y nunca pasamos una hora alegre, expansiva, de esas en que se recoge felicidad para un año. Yo no sé



si me equivoco... pero desde que hemos llegado aquí, te noto más pensativo aún.

MART.  
ANITA

No te equivocas.  
¡Ah! ¿Conque acierto? Pues es preciso que inmediatamente sepa yo la causa... Soy tu mujer y no conozco lo que llevas dentro del pecho... Martín, escucha... yo te he querido siempre. Era una niña, y guardaba las flores que tú arrancabas distraído y dejabas caer en el jardín. En el Pazo de mis tías hay una caja llena... Puedo enseñártela. Ya ves... Niñerías... Pero en mi interior, yo sentía como mujer... y me parecía que tú me mirabas, y se me encendía la cara y se me desvanecía el sentido...

MART.  
ANITA

(Dulcemente.) ¿Tanto me quisiste?  
¡Mucho más! ¡Hasta se lo escribí á la pobre Irene!... En mis cartas no te nombraba, pero recuerdo que la decía: «tengo un amor muy callado...» Ella me embromaba y juraba que arreglaría la boda... Así es que me consideré destinada para tí... Y después de la desgracia... cuando supe que estabas enfermo en Oporto... no hacía sino preguntar... Murieron las tías, y allá me fui con la esperanza de verte... Me acuerdo del efecto que te produjo entonces encontrarte conmigo... Un efecto extraño...

MART.  
ANITA

No fué extrañeza, fué atracción...  
No lo parecía... pero debió de serlo, porque ya nos vimos con frecuencia, hasta que... De mí partió la idea de nuestra boda, Martín mío... ¡De mí, que no te había olvidado un instante!...

MART.  
ANITA

Es dulce escucharlo, Ana...  
Ya ves que no es justo que me ocultes tus penas... ¿Es cuestión de salud? Iremos á París, te consultarás... ¿Es algo moral? Me pertenece. Martín, así no podemos continuar. Yo no lo soporto.

MART.

¿Tienes alguna queja de mí, Anita? ¿No te

hago dichosa? Es mi mayor deseo; es además mi obligación.

ANITA

No es queja... O más bien, es queja cariñosa... Es que me duele que me ocultes un secreto.

MART.  
ANITA

(Estremeciéndose.) ¿Un secreto?  
¡Lo ves! ¡He acertado! ¡Secreto hay! Hay algo que recatas de mí... (Pausa.) Martín, nadie me quita de la cabeza que tú has querido mucho, mucho, á otra mujer... No me acerco á tu alma sin encontrar un no sé qué invisible que me rechaza, que me cierra el paso... y no puede ser sinó un recuerdo.

MART.

(Con intención.) Puedo jurarte, Ana, que tu rostro es el de la única mujer á quien he adorado.

ANITA

Debiera alegrarme... y no lo consigo. Entre tú y yo sigue en pie el secreto.

MART.

(Forzadamente.) ¿Por qué ha de existir secreto alguno? También yo, Anita, te he visto á ratos preocupada, abatida... No por eso he dudado de tu cariño.

ANITA

Pero es que yo no lo niego. Yo no escondo mi preocupación. Hasta me alegro de que se ofrezca ocasión de descubrirtela. He sido, en otro tiempo, la criatura más aturdida, más jovial. Lo que ha cambiado mi carácter es la desgracia. ¿Entiendes, Martín? La desgracia de Irene.

MART.

Olvídala, si te es posible... Olvidar y dormir, los únicos bienes.

ANITA

Si mi hermana hubiese sufrido la ley común... si yo supiese donde está la losa que que la cubre... pagado el tributo de lágrimas, me habría consolado, olvidaría... Lo que mantiene la herida abierta es el misterio que rodea su destino. La espina, á cada paso, se hincan más adentro. Yo adiviné la verdad, aunque mis tías quisieron ocultármela diciéndome que Irene había muerto de pulmonía. Pero no me permitieron poner



- luto... ¡Había en la casa un ambiente de inquietud trágica!... Había reticencias en los euclicheos, ojos enrojecidos. Las fidalgas parecían más viejas, consumidas de terror. Un criado, por fin, soltó delante de mí la palabra *asesinato*...
- MART. ¡Horrible conversación esta! Ana... ¿No valdría más?..
- ANITA Que es horrible, lo sé... Ya no soy la candorosa que archivaba las florecillas arrancadas por tí... Soy esposa y madre; mis ojos se han abierto, y no quiero cerrarlos... Al lado de las versiones de muerte natural y violenta, hay otra... otra, ¿entiendes?... La fuga... La fuga, acompañada...
- MART. No continúes... No remuevas las heces del pasado... El pasado es dolor y remordimiento...
- ANITA ¿Remordimiento? No conozco eso, Martín... Pero, ¿por qué hablas de remordimiento y dolor? ¿Ves cómo tienes disgustos que me ocultas? ¡Por todas partes he de tropezar con el misterio!
- MART. El misterio nos envuelve... ¡Misterio es todo, el vivir como el morir, y el mayor misterio... aquí está! (señalando al corazón.) ¿No percibes tú, hasta en el ruido del viento cuando mueve las ramas de los árboles, cláusulas misteriosas? ¿No hay sombra á nuestro alrededor? ¿No nos envuelven nieblas y vapores que suben del río?
- ANITA De entre sombras sale resplandeciente la verdad. Yo quiero verla.
- MART. ¿También á tí te llama la sirena? ¡Qué voz tiene! ¡Cómo sabe atraer! ¿No es cierto que aun cuando costase vida y honra, nos fascina, nos encanta?
- ANITA Así es, Martín. Yo no sabía expresarlo... pero así es. Díganme que mi hermana sufrió la suerte más espantosa; que hoy nos cubre de oprobio en cualquier rincón del

- mundo... y reposaré. ¡Pero la incertidumbre...! Acudo á tí... Tú eres quien debe guiarme... ¿Qué hacer para averiguar el paradero de Irene?
- MART. (Aparte.) Siento la embriaguez de la verdad, que me corre por las venas y me sube al cerebro... (Alto.) Dime, Ana, ¿por qué hoy este afán de recordar lo pasado?
- ANITA (Confidencialmente.) Porque hoy puedo decir: «Vamos por aquí, sigamos esta pista...» Porque ahora...
- MART. ¿Ahora... qué sucede?
- ANITA ¿No sabes que el conde de Portalegre ha vuelto del Brasil?
- MART. ¡Portalegre!
- ANITA Sí, Portalegre, ¿te haces cargo, querido mío? ¡Portalegre, el que vió, habló, acompañó á Irene el día fatal!... ¿No recuerdas que el rumor público le acusó, y que hasta la justicia iba á perseguirle, si no se atravesaba la influencia de mi propio cuñado, del esposo de la infeliz?
- MART. (Aparte.) ¡Qué sufrimiento! Me parece que sobre mi cabeza descargan martillazos.
- ANITA No me atrevía á hablarte de esto... El ver á la gente tan metida en sí, quita la confianza... Pero si contigo no desahogo mi angustia, ¿con quién lo haré, Martín? Mi hermana, por última vez, fué vista con Portalegre... Iban en el tren juntos, charlando. No fué casualidad: en el club, la víspera, él había dicho á unos amigos que acompañaba en su viaje á la vizcondesa de Barcelos... A Irene le hacía él una corte asidua, siguiéndola, siendo su sombra... Y ese hombre ha regresado... ¡Ah! Dios le trae... ¡Se le arrancará la verdad, porque quien la conoce es él!
- MART. ¡Ana, cuidado! ¡No acuses! ¡No juzgues, Ana!
- ANITA ¿No son indicios bastantes? El la perseguía, eso me consta, porque entre los papeles de



mi hermana, su marido encontró cartas de Portalegre.

MART.  
ANITA

(Con furia) ¿Cartas? ¿Cartas de ese hombre? Sí... Billetes que no la acusaban pruebas de que Portalegre no era correspondido, pues se quejaba de coqueterías, de desdenes... ¡Oh, Martín! Irene no era ma'a... La sociedad la indujo á ligerezas... Su marido no supo infundirla ni respeto ni amor... ¡No sé lo que hoy será de ella, pero entonces no era mala!...

MART.  
ANITA

(Cubriéndose el rostro.) ¡Desdichada Irene! (Abrazándole.) ¡Martín de mi alma! ¡qué consuelo para mí ver que sientes como yo! ¡Si supieses cuánto quise á mi hermana, de qué modo idolatraba ella en mí! ¡Por eso creo que no está viva; si lo estuviese, no dejaría pasar seis años sin decirme: «¡Anita, no te olvidol!» ¡No conocí otra madre; ella no tuvo hijos y me miró como á hija! ¡Martín... si te querré, que... á veces, no me acuerdo de ella!

MART.

¡Dichosa tú, que puedes llorar! Yo siento como si una mano dura me apretase.. y nunca lloro. De noche, los dedos de esta mano parece que se me incrustan en la garganta.

ANITA

(Arrastrada por su emoción y sin fijarse en lo que dice Martín.) Yo lloro... y he llorado más todavía, al principio... Pero se acabó: ahora, energía... ¡No cejaré hasta averiguar la suerte que ha corrido mi hermana! ¿Tú dirás que esa obligación correspondía á su marido? ¡Ah! ¡Esa es otra cosa que enloquece! ¡Su marido ha ahogado las pesquisas, ha espesado el velo de tinieblas y de olvido! ¡En la prensa... me consta, lo sé por Méndez de Acevedo, el periodista... usando de su influencia política, de sus amistades, por cuantos medios pudo, hizo el silencio, borró las huellas!

MART.

No querría ver su nombre envuelto en la

polvareda del escándalo... Hay hombres que tiemblan ante el vocerío.

ANITA

¡Egoísmo, egoísmo y no más! No amaba á Irene... La tenía como se tiene un mueble hermoso y rico... Al perderla sólo sintió anhelo de evitar complicaciones... Al saber que yo intentaba averiguar algo, vino á verme secretamente á Oporto, á rogarme que dejase las cosas así... ¿Me atiendes?

MART.  
ANITA

Continúa, Ana... Te escucho. Casi le insulté... El me dijo: «Deja á los muertos en su sepulcro y á las verdades en el fondo del mar. No atraigas el rayo...» ¡El rayo! ¿Qué me importa á mí atraerlo? Ya cayó sobre la cabeza de Irene... ¿Qué me importa el escándalo? La memoria de Irene, al fin, está manchada... Si descubrimos la verdad, no podrá estarlo más ni menos... Y sobre todo, en la verdad descansaré.

MART.

¿Y si no es descanso?... ¿Si es vértigo? ¿Si es abismo?

ANITA

¡Sea lo que sea, venga á mí!

MART.

¿Tú lo quieres? ¿Lo quieres con ansia?

ANITA

¡Con sangre de las venas compro la certidumbre! Y fío en tí, fío en tu ayuda.

MART.

¡La tendrás!...

ANITA

Pues empieza... ¡Ayúdame á interrogar á Portalegre!

MART.

¿Qué? ¿Vendrá aquí?

ANITA

Va á llegar... No soy yo quien le ha llamado; ¡es él quien desde su quinta, próxima á Ourense, me ha pedido esta entrevista! Le he señalado hora... La hora se acerca... ¿Verdad que es curiosa la coincidencia de que él también desee hablarme?

MART.

Sí que es curiosa, Ana... Es curioso como salimos al encuentro del destino todos nosotros. Tú, yo, Portalegre... Pero interrógale sola. Cuando lo hayas hecho, rue informarás del resultado de esa entrevista... y te diré si Portalegre ha mentido.



ANITA ¿No quieres que en tu presencia?...  
 MART. No... Ya sabrás las razones. Tú sola.

### ESCENA III

DICHOS y SANTIAGO

SANT (Entrando.) Ahí está un señor que pregunta por la señora. Me ha entregado esta tarjeta.  
 ANITA (Leyendo.) Conde de Portalegre y de Malvar. Que pase... Aquí mismo... Y mientras él esté, no permitas que nadie venga. (Sale Santiago. A Martín.) Aquí mejor que en casa... Menos peligro de que alguien sorprenda...  
 MART. Te dejo... ¡Te deseo que encuentres la verdad que anhelas... y que no te haga demasiado mal! (Sale por la izquierda.)

### ESCENA IV

ANITA y el CONDE DE PORTALEGRE

ANITA (Aparte.) ¡Qué trabajo me va a costar dominarme y no insultarle! El y no otro es el autor de la desdicha de Irene. Y Martín, ¿por qué se expresa de un modo tan extraño? ¿Qué me oculta? ¡Si no es amor por otra mujer, qué me importa!  
 CONDE (Es un hombre algo gastado, de unos cuarenta años correcto, elegantemente vestido.) Señora... (se inclina.) Creo ser exacto, aun cuando en el campo nunca es seguro no retrasarse... Y ante todo, la ruego excuse la molestia que la doy y lo penoso que para usted ha de ser el asunto de nuestra plática... (Al acercarse ve bien el rostro de Anita y hace un movimiento para retroceder.)

ANITA ¿Qué le sucede, señor Conde?  
 CONDE Dispénsese... Una impresión que no puede evitarse... ¡Tal semejanza!  
 ANITA ¿Qué sentimientos despierta en usted este parecido con mi desventurada hermana mayor? ¿Qué recuerdos evoca?  
 CONDE (serenándose.) Celebro que usted misma plantee la cuestión de un modo tan franco... Me evita usted, señora, difíciles y espinosos preliminares...  
 ANITA ¡No se detenga; al asunto! ¡Mi impaciencia lo ha adivinado! ¡Se trata de ella, de su suerte!  
 CONDE Se trata también de la mía, y usted no llevará a mal que yo considere que envuelve interés, para mí, bien entendido... Voy a tener, señora, que decirle a usted crudas verdades, que la sublevarán, que la indignarán... ¡Es contra mi voluntad, protesto de ello; es porque no veo medio de evitarlo!  
 ANITA (Aparte.) Parece convertir-se en acusador... Tiemblo con el cuerpo todo.  
 CONDE Me duele, y sin embargo... ¿Usted no ignorará, de fijo, la desaparición, para el público inexplicable, de su señora hermana, la vizcondesa de Barcelos, de quien no se ha vuelto a tener la menor noticia?  
 ANITA Ojalá lo ignorase... Y también sé que, por última vez, en compañía de usted se la vió, y que desde ese instante sus huellas se pierden.  
 CONDE Empieza, señora, a delinearse el objeto de mi visita. Celebro que con tal claridad me arroje usted a la cara la absurda acusación de la cual soy víctima hace seis años, que me ha empujado a una vida errante, y que hoy se atraviesa en el camino de mi felicidad y mi porvenir, cortando el vuelo de mi carrera diplomática y estorbando mi enlace con una señorita de alta posición a quien amo... Sí, señora; conste y vaya por excusa:



sin culpa alguna de mi parte, me hallo bajo el peso de acusación atroz, que si no me ha llevado al banquillo y acaso á otro sitio peor, me ha cerrado bastantes puertas y me ha perseguido en Austria, en el Brasil, donde quiera que fui, huyendo de ella. Es hora de que mire por mi propio honor sin cuidar del ajeno; es hora de abandonar el papel de víctima resignada; es hora de que se esclarezca la verdad.

ANITA No deseo otra cosa... No es posible que más que yo lo desee usted.

CONDE ¡Señora... usted... no debiera desearlo!... Pero si lo desea en efecto, será servida... Y ante todo, tenga la bondad de otorgarme por adelantado su perdón... Colóquese, con el pensamiento, en la situación de un hombre á quien se le ha formado tan ignominiosa, tan inicua leyenda... Este hombre, señora, tiene que prescindir de fórmulas y delicadezas mundanas, y, haciéndose violencia, hablar de un modo que pugna con su educación y sus hábitos. Hablar descarnadamente, como se habla al comparecer ante los tribunales á defender fama, libertad y vida.

ANITA Hable usted como tenga por conveniente... y, de una vez, descórrase el velo que cubre el destino de mi hermana.

CONDE Pues, bien, señora, yo... en el triste día... Fijese usted en esto; sólo acompañé á su hermana de usted hasta el cruce. ¿Lo oye usted bien? Hasta el cruce. Le confieso á usted que, por mi gusto, hasta el fin del mundo la hubiese acompañado; y, como creía la ocasión favorable, me insinuaba... pero no tardé en comprender que, si al principio había llenado un objeto, el de despistar á la gente, desde el cruce, era estorbo... ¡La vizcondesa quería ir sola!

ANITA (Con indignación.) Señor Conde...

CONDE Se lo había anunciado á usted, que mi fiel relato iba á sublevarla... ¡Un poco de paciencia!

ANITA Siga usted, siga usted...

CONDE Me inclino respetuoso ante su desgracia... y continúo. La vispera del día de su desaparición, en una comida en casa del ministro de Inglaterra, me había anunciado la señora vizcondesa de Barcelos... Irene, que así la llamábamos sus apasionados... que saldría al día siguiente con dirección al Pazo de sus tías y que si no tenía cosa mejor que hacer, podía acompañarla. En esta súplica puso buena dosis de coquetería, y yo ví el cielo abierto, porque andaba algo perturbado por su hermana de usted, como andaban otros cinco ó seis de nuestro círculo. Confieso que fui tan fátuo, que creí en un dulce favor. Después me di cuenta de haber representado papel más deslucido.

ANITA No tiene usted todavía derecho á expresarse así... No ha dicho usted nada que me convenza de su inocencia; no está usted vindicado.

CONDE Calma... Decíamos que traté vanamente de insinuarme para que el viaje terminase de otro modo que por una separación... Y, despechado al notar que estaba de sobra... hice una cosa que no definiendo... Me la dictó el amor propio herido... y verdaderamente no hice bien, pero fué providencial... Cuando ella me despidió en el cruce, fingí intencion de volverme á Lisboa; salté por la otra portezuela, me acomodé en el coche inmediato al de Irene, y, cuando, entrada la noche, ella se bajó en la estación, la seguí furtivamente... Con gran asombro mto, se dirigía adonde había dicho; á la quinta de las fidalgas... (Triunfante.) ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?

ANITA

CONDE Ya iba á abandonar mi descortés indagatoria, cuando veo que tuerce el camino, y que por



atajos se dirige hacia la orilla del río, frente por frente... á este mismo lugar donde estamos conversando.

ANITA

¡Aquí!

CONDE

¡Aquí! ¡Aquí!

ANITA

¿Qué pretende usted dar á entender?

CONDE

No pretendo dar á entender; afirmo y acuso... Su hermana de usted pasó la barca de Trava, y una persona que de aquí salió, vino acompañándola hasta que la hizo entrar en el mismo Pazo. ¿Lo oye usted? No se perdieron sus huellas, hasta que cruzó la puerta de Trava.

ANITA

¡Miente usted! ¡Es usted un miserable, indigno del nombre que lleva!

CONDE

Prevista tenía la explosión de su enojo.

ANITA

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué me pasa?

CONDE

Aquella noche... el señor don Martín de Trava, su esposo de usted hoy... había venido secretamente al Pazo.

ANITA

¡Calumnia! ¡Falsedad sobre falsedad! ¿Supone usted que voy á creer ese tejido de infamias?

CONDE

No pido que usted me crea por un acto de fe. Alguien hay en esta casa que podría confirmar mis noticias... Pero, por si los años le han embotado la memoria, yo estoy prevenido. He gastado tiempo y dinero en adquirir ciertos informes, en reconstituir ciertos detalles del suceso... No serán prueba completa, pero arrojan luz suficiente... No es justo que las cosas sigan como hasta el día... ¡Si produzco mis datos... persuadiré á usted de que su hermana entró en el Pazo de Trava aquella noche... y no volvió á salir de él!

ANITA

¿Pero cabe esto en cabeza humana? Miente, mintió desde que habló este malvado.

CONDE

No me ofenden sus palabras, señora. Tráteme usted como quiera. La disculpo. He dicho la verdad.

ANITA

Y si eso... es la verdad... ¿por qué esperó seis años para decirla?

CONDE

Debiera usted agradecerme el sacrificio de callar tanto tiempo... El respeto á la memoria de una señora desventurada; el saber que el señor de Trava padecía grave enfermedad; el deseo de su cuñado de usted de que todo quedase oscurecido; los impulsos generosos de la juventud... cerraron mis labios. Pero al volver á mi patria, se alza ante mí otra vez, viva y terrible, la acusación... Se trata de mi vida entera, de mis afectos, de mis esperanzas... En Lisboa se me han hecho desaires crueles; se me acoge con sospecha, con frío desdén... No es justo; no hay motivo para que prolongue una abnegación tan funesta para mí. ¡Hablaré! Antes de hacerlo, sin embargo, quiero advertir á usted, para que evite las consecuencias posibles de lo que tengo que divulgar. Que don Martín se ponga en salvo; que se vaya lejos, muy lejos... y que me deje rehabilitarme á mí, completamente inocente... Ya ve usted que procedo como quien soy. Y absuélvame, señora... Doy á don Martín un plazo de tres días. (Se inclina y yase por la izquierda.)

## ESCENA V

ANITA, SANGRE NEGRA, que salta la balastrada del fondo y se acerca recatándose. Ha anochecido

ANITA

¿Sueño? ¿Se ha ido? ¡Martín! ¡Oh! Pero ¿cómo dudo siquiera? Es mentira infernal; la primer palabra de Martín bastará para confundir la impostura... ¡Martín, Martín mío! ¡Ven! (Gritando.)

SANG.

No grite, señora, que yo no trato de hacerle mal... Me persiguen; vienen tras de mí...



¡Haga la caridad cristiana de esconderme, se lo pido por el alma de quien tiene en el otro mundo!

ANITA ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¡Martín! ¡Martín!

## ESCENA VI

ANITA, MARTÍN, SANGRE NEGRA

MART. (Que ha entrado por la derecha.) Ya sé por qué me llamas con tal terror... No me preguntes, yo diré...

SANG. ¡Señorito de la buena alma, por Dios, escóndame, que la guardia me acosó! Si paso ahora el río, me abrasan de un tiro... ¡Señorito, por caridad!

MART. ¿Eres tú?

ANITA ¿Pero quién es este hombre? ¡Martín, defiéndeme!

MART. (Casi al oído de Anita, teniéndola en sus brazos.) Este hombre es... ¡un asesino!

ANITA (Gritando) ¡Virgen Santa!

MART. (Bajo.) Y yo soy otro... Yo maté á Irene... (Apartándose de Anita y acercándose á Sangre Negra.) ¡Ven, hermano, no te cogerán, estás bajo mi techo!

FIN DEL ACTO TERCERO

## ACTO CUARTO

Una habitación baja, con puerta al fondo, que al abrirse deja ver el claustro, de columnas. Dos puertas laterales, dos ventanas al fondo, cuyas rejas también dejan ver el claustro. Esta habitación tiene carácter de despacho, pero sin severidad: está algo revuelta y descuidada. Hay mesa de escritorio, un canapé Imperio, enseres de caza, como frascos de pólvora y alforjas, librerías con libros en pergamino, mapas, un árbol genealógico, una urna con imagen dentro. Todo esto puede variar, con tal que se conserve la nota de un despacho anticuado, campesino y señorial á la vez. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

MARTÍN DE TRAVA, de codos en la mesa, con la cabeza entre las manos; ANITA, entrando; viste «deshabillé» elegante, pero sin compostura.

ANITA Martín... Martín... (Martín alza la cabeza.) ¿No querías tomar algo? Desde ayer tarde...

MART. No... Nada necesito.

ANITA Vamos á ver, Martín... Cálmate... Reflexiona...

MART. Reflexionaba, y muy fríamente, cuando entraste... Si estoy tranquilo, Ana.

ANITA Pues en ese caso, hablemos... (Se sienta cerca